

4. Día de elecciones con música de McCartney

Moscú, marzo de 2008

Es domingo de elecciones. Me levanto temprano para acompañar a Galina a votar. Esta mujer de dichosos ojos claros es mi luz en la oscuridad del idioma. Iniciamos contacto por email, lo continuamos por teléfono y la quiero desde que la vi por primera vez en el café del hotel, con sus aros de perlas. «Galina, voy a llorar», suelo llamarla al celular cuando desespero porque me doy de cabeza contra la burocracia, los malos modos y la indiferencia moscovita. «No llores mi amor, no vale la pena», me dice, y en esos momentos es una tía, una hermana, una madre la que me cobija con su consuelo.

Salgo del hotel para pasear un rato, mientras espero que me venga a buscar. Nieva con cierta intensidad, el cielo es una gran esponja oscura y el piso, una pista jabonosa que conduce al papelón. No hay clima electoral vibrante, parece un domingo más. Nadie duda de quién ganará las elecciones, Putin dejó candidato puesto y Dmitri Medvedev, el abogado y académico que lo acompaña desde hace 17 años en su travesía política, no tiene posibilidades de perder.

Sin pasado en los servicios secretos, Medvedev es un político que anda en puntas de pie. El arma que más lo excita es su iPod último modelo, en donde escucha lo más violento que se le conoce: Led Zeppelin y Black Sabbath. Ya avisó que le ofrecerá a Putin el puesto de primer ministro, lo que podría ser vis-

to como un demérito para el gran líder pero que, al mismo tiempo, le ofrece la posibilidad de seguir manejando los hilos del poder.

Atravieso la Plaza Roja, más protegida que nunca por policías y militares. Uno al ladito del otro, con ojos que nada dicen, cascos y chalecos antibalas, hay cientos de agentes azules de la OMON (cuadros especiales del Ministerio del Interior, la elite responsable de reprimir manifestaciones) en los alrededores de la GUM, la fastuosa tienda por departamentos rusa, ícono de todos los tiempos.

Me gusta entrar al más coqueto de los shoppings, ubicado exactamente enfrente del mausoleo de Lenin. Los techos de vidrio y acero abovedados y en cuadrícula recuerdan a las viejas estaciones de tren europeas. El edificio consta de tres pisos con 1.200 locales de arquitectura lujosa y en lo que llaman estilo neoruso, con resonancias medievales.

Construido a fines del siglo XIX por el arquitecto Alexander Pomerantsev, el nombre GUM fue puesto luego de la Revolución de 1917, cuando la megatienda fue nacionalizada. Más adelante el régimen utilizó el edificio para oficinas públicas y fue aquí donde en 1932 exhibieron el cadáver de Nazhenda Alliluyeva, la segunda esposa de Stalin y madre de dos de sus hijos. Oficialmente, la joven mujer murió de apendicitis; extraoficialmente se voló los sesos en la cama matrimonial luego de una discusión pública con su marido en una fiesta. En secreto, aún hoy muchos creen que Stalin la asesinó.

La GUM reabrió como galería en 1953 y dicen que cuando los alimentos escaseaban y el lujo era vicio de villanos occidentales, las filas para abastecerse de alimentos en este lugar llegaban hasta la misma plaza. Pese a lo que eran las dificultades cotidianas, sin embargo, no son pocos los que extrañan la vida soviética, me doy cuenta, y creo entender que es por el margen de seguridad y previsibilidad; por la paridad en la salud y la educación y porque los viejos no pasaban hambre y «la pensión alcanzaba para comprarles pequeños regalos a los nietos», como me dijo una mujer de cabello corto y ojos muy celestes

mientras me servía unos esponjosos *blinis* de salmón en una sucursal de Coffee House, una cadena rusa de fast food.

Este fenómeno tiene nombre en Alemania hace rato. «Ostalgie», lo llaman y es la película *Good Bye Lenin* la que recrea el espíritu de esa atmósfera de nostalgia. En la GUM, el local de comida «Gastronom Nø 1» reconstruyó una escenografía de la época comunista, con sus latas de atún y carne de cerdo en colores modestos apiladas en prolijísimas montañas. Irónicamente, hoy es la frivolidad publicitaria la que recrea vidrieras elementales de cuando el marketing no figuraba en el vocabulario cotidiano de los rusos. Ya no hay colas y, a cambio, la GUM está llena de grandes marcas europeas y estadounidenses que conviven en el mismo edificio con esa austeridad vuelta «fashion» del local gastronómico; una suerte de moda retro pero sin precios subsidiados y lejos del alcance de muchos, en esta ciudad que se fue convirtiendo en una de las más caras del mundo.

Mientras me detengo a ver las pilas de latas de atún modelo Unión Soviética, me acuerdo de una anciana que conocí en Odessa, frente al puerto, en diciembre de 2004, durante el furor de la Revolución Naranja con la que Ucrania (o al menos la mitad de ese país) buscaba terminar de romper los lazos con la madre patria Rusia, fogoneada por Occidente. Allí, bajando las escalinatas que llevó a la celebridad *El acorazado Potemkin*, la mujer de 75 años –abrigo raído, espalda encorvada, cabello ralo y blanco–, vendía semillas de girasol en la calle, luego de haber sido gran parte de su vida una ingeniera recibida en una universidad soviética. Elena, creo que así se llamaba, se había retirado quince años atrás por un problema en la vista. Recién asomaba el furor capitalista en la región.

Con sus ojos transparentes y un inglés prolijo, la viejita me contó entonces cómo extrañaba aquellos tiempos en que tenía garantizadas las vacaciones cada año, cuando todavía imaginaba una ancianidad protegida por un Estado fuerte. Con su mirada elevada hacia el clásico boulevard Primorsky y de espaldas a un Sheraton turquesa que avergonzaba al Mar Negro por su

mal gusto, Elena no quería saber nada de nada ni con la revolución ni con el color naranja. Todo -le parecía- era pagado por Washington y sus «socios». Elena aún se sentía cerca de una Moscú socialista e idealizada y seguía vibrando por una causa que hoy, pese a la reivindicación que hace Putin de la Unión Soviética por su lugar en la Historia, ni el mismo Kremlin reivindica desde lo ideológico.

Es día de elecciones y sorprende que los negocios estén abiertos, más aún cuando observo que se vende alcohol sin ningún tipo de recaudos, pese a tratarse de una «jornada cívica». Intento razonar, pero no consigo entender por qué no existen proscripciones como en otros países. Galina me va a ayudar a entenderlo en un rato, cuando entremos a la escuela de su barrio donde va a votar.

Ya estamos cerca de lo que alguna vez se llamó las «Colinas de Lenin», hoy transformado en las más ecologistas y lavadas «Colinas de los gorriones». Muy cerca de la casa de Galina está la Universidad de Moscú, una de las construcciones conocidas como las «siete hermanas» (*Stalinskiye Visotki*, en ruso) o «siete caprichos» de Stalin, edificios góticos de más de 200 metros de altura, idénticos y construidos entre las décadas de 1940 y 1950 -en abierta competencia con los rascacielos de Manhattan-, y que hoy son hoteles o edificios privados, aunque también el Ministerio de Asuntos Exteriores es uno de ellos. Me encanta la historia que dice que tras este proyecto en serie estaba la búsqueda de un conjuro urbano por parte de Stalin, un conocido obsesivo y temeroso de las tragedias. Originalmente estaba planeada una octava torre que iba a ser conocida como el Palacio de los Soviets, con la idea de reemplazar al Kremlin como sede del gobierno, pero nunca se construyó.

Ya adentro de la escuela a la que llegamos para votar hay mesas con comida y estantes con una limitada cantidad de productos que se venden a mejor precio que otros días: una buena manera de incitar a los perezosos o escépticos a emitir su voto. También se escucha música. Me cuenta Galina que esta es una práctica de todos los tiempos en Rusia.

-No te olvides de que para nosotros no es una novedad votar: votamos siempre. La diferencia es que siempre sabemos de antemano quién va a ganar.

Lo dice risueña y con lógica desoladora.

No hay cuarto oscuro sino una sala luminosa donde la gente llena dos formularios y los pasa por una urna que incluye un escáner. Las autoridades de mesa son jóvenes, pero los votantes son en su mayoría gente grande. Una mujer desmesurada, muy maquillada y con el pelo rojo batido como en los años setenta se calza los anteojos para fijar la vista. Un hombre con gorra de cuero con visera pide que le lean las papeletas. Algunos se ven muy mayores, como esta abuela gris que a la salida, y mientras se acomoda su gorra de piel para resguardarse de la nieve y la lluvia, me dice que «votar es una responsabilidad, siempre vine contenta a hacerlo». Algo intimidada, y mirando a los costados, la *babushka* me confirma lo que sospecho, que votó por Medvedev. «Es lo que quiere Putin», susurra.

Es una ironía pero la música que sale de los parlantes es «Yesterday», en la voz de McCartney. Las asociaciones no ceden. Pienso en un fragmento de la letra de «Back in the USSR», escrita en 1968 con toda su carga mitológica de guerra fría entibiada por la música.

Bueno, las chicas de Ucrania
me vuelven loco
superan a las de Occidente
y las chicas de Moscú
me hacen cantar y gritar
que Georgia está siempre en mi mente
oh, vamos.
Enseñame los picos nevados
de tus montañas del sur
llevame a la granja de tu papá
dejame oír el sonido de tu balalaika
vení a darle calor a tu camarada
estoy de regreso en la URSS

no saben la suerte que tienen, chicos
de regreso en la URSS.

Alguien me contó que durante mucho tiempo en Rusia corría el rumor de que los cuatro de Liverpool habían venido secretamente a Moscú a cantar para los jefes del Partido y que esa canción era una continuación pública de aquel viaje oculto. Curioso como la historia juega a veces a las escondidas. Cuando Paul estuvo aquí, un par de años atrás, fue recibido casi a solas en uno de los grandes salones del Kremlin por un Putin exultante que se dio el gusto de escuchar una versión íntima y dedicada de «Let it Be» al piano.

Privilegios del poder.